



pero no a continuar perdiendo mi precioso tiempo aquella tarde; de modo que puse en su conocimiento que, tal y como estaba, la arrastraría por el pasillo empujando con el pie y la metería debajo de la cama en la idea de prestarle, en un futuro que me quise prometer “inmediato” — *aunque con lo desastre que soy para algunas cosas*, sé que le dije, *no sé yo* —, toda la atención que merecía.

Y colgué.

Colgué con esa idea en mente y, resuelta a proceder sin piedad ni miramientos tal y como terminaba de anunciar, regresé junto a la caja; pero en vez de arrastrarla me senté, allí, a su lado, tratando de hacer memoria, me acuerdo — porque el sólo hecho de imaginar los cantos y los bailes tan frenéticos de aquellas tribus exóticas se ve que me había despejado —, de si en alguna ocasión la habría utilizado para guardar en ella algo, tipo manta, o abrigo, o alguna de esas cosas voluminosas que se almacenan luego en los altillos y trasteros con indicaciones a rotulador que rezan “manta cama pequeña de rallas azules y blancas” o “abrigo granate” porque, en tal caso y a la vista de que ésta no lucía ninguno de tales letreros, cabía sospechar que no sólo el contenido¹ sino también el continente no era el mío. Pero, no logrando recordar tal detalle y crispada, tal vez, ya por el redoble de tambores que me estaban poniendo dolor de cabeza ya por la preocupación que me asaltó de a ver por qué no era yo capaz de acordarme de sí había puesto algún letrero o no cuando mi costumbre inveterada es escribir en las cajas qué están teniendo dentro, empecé de forma maquinal o para distraerme a sacar papeles que iba leyendo muy por encima y sin mayor entusiasmo hasta



¹ Mi microondas, sí; pero me aburre estarlo repitiendo todo el rato y lamentando a cada nueva repetición su pérdida.

que, de forma inesperada, encontré [este folio](#) que me llamó la atención no por nada especial ni porque estuviese dibujadito con bastante cuidado sino porque, cuando leí la pregunta que estaba dentro del óvalo, tuve consciencia muy clara que si hubiera tenido en mis manos el esquema 2 — para que existiese un esquema 2 a tenía, por pura lógica, que estar existiendo por lo menos un esquema 2 e, incluso y poniéndose en plan meticuloso, un esquema 1— yo lo recordaría.

No lo recordaba, sin embargo; de manera que, como quedaban ya pocos en el fondo de la caja y entendiendo que era muy probable que estuviese allí — un poco como por comparación con lo que sucede con los zapatos, que abres el armario, los metes juntitos debajo de la balda de abajo y, cuando los quieres al día siguiente, resulta que uno ha ido a esconderse allí a lo hondo — seguí vaciando.

Pero no encontré ningún esquema 2.

No encontré ningún papel que pusiera en ninguna parte esquema 2 y, por eso, aunque ya he dicho que no con ánimo resuelto — o no al menos al principio entre la sed y el sueño pero sí después de lo de la señorita del concurso, que me puso de tan mal humor y por eso me acuerdo — vacié totalmente la caja para serenarme e, incluso, la sacudí una vez vacía.

Y me serené, sí, y más cuando aliviada recordé que la manta de la cama pequeña que yo tenía no era de rayas azules y blancas sino de motivos florales en color verde oscuro y, mi abrigo, el que caso de haberlo guardado en alguna ocasión en una caja figuraría consignado como “abrigo largo con dos filas de botones”, no era granate.

Pero el esquema 2 no apareció, eso sí que puedo asegurarlo, por ninguna parte.